



OPINIÓN

Tierras de Trigo y Olivar



Los secanos andaluces son, han sido y serán, tierras de olivo y cereal. Miles de años de convivencia entre tres especies, hombre, olivo y trigo, colonizando de forma armoniosa las inmensas llanuras y colinas que se extienden en ambas márgenes del Guadalquivir.

El pan, la pasta y el aceite, alimentos imprescindibles para nuestra dieta, han hecho siempre necesarios a estos dos cultivos, que han ido aumentando o disminuyendo sus superficies en el devenir de la historia, en función de los precios percibidos por los agricultores andaluces. Cíclicamente se han ido plantando o arrancando los olivares y en el pasado más reciente los años 70 y 80 fueron de arranques generalizados en las tierras más adecuadas para el cultivo de cereales, y, de nuevo, a finales de los 90 y principios del siglo XXI llegaron las plantaciones masivas al calor de una mayor rentabilidad.

Desde el punto de vista del cooperativismo, la evolución de ambos sectores no ha sido paralela. Mientras que las cooperativas olivareras en las últimas décadas han realizado una apuesta clara y decidida por la calidad y la transformación industrial de sus cosechas, la mayoría de las cooperativas cerealistas se resignan a buscar un comprador para sus montones de grano que, en la mayor parte de los casos, proceden de una mezcla de variedades -y a veces hasta de diferentes especies- elegidas al azar por sus socios, y que resultan muy poco atractivas para los compradores harineros o semoleros.

El aceite de oliva “virgen extra” de las variedades Picual, Hojiblanca o Arbequina es hoy el buque insignia de las cooperativas aceiteras andaluzas que exportan buena parte de sus producciones y mantienen el valor añadido de sus aceitunas en manos de sus socios. Sin embargo, en el ámbito cerealista, a pesar de tener las condiciones agroclimáticas adecuadas para la producción de trigos duros y blandos de calidad, los buques “insignia” llegan desde Canadá, Méjico y Arizona, cargados de variedades seleccionadas por su aptitud harinera o semolera.

La solución al problema no es fácil y debemos prestar atención a numerosos factores. Por una parte, está la globalización de la oferta y la demanda que afecta a los precios de todas las producciones, pero en mucha mayor medida a la de los cereales, donde la contribución de nuestra región a la oferta mundial es insignificante. Por otra parte, la Política Agraria Común, que ha tratado de forma desigual a los dos cultivos, concediendo, hasta hace pocos años, ayudas por cada kilogramo producido en el caso

del olivar, a diferencia de la ayuda por hectárea sembrada en el caso de los cereales. En el primer caso, se ha estimulado la productividad mediante el manejo racional de los insumos -plantones de vivero, fertilizantes y agroquímicos-, mientras que en los cereales se ha generalizado una política de gastos mínimos -semilla barata, abonado reducido y tratamientos escasos y con productos baratos- que conducen a una baja calidad de la cosecha.

La nueva PAC con sus ayudas desacopladas de la producción beneficiará con una mayor subvención por hectárea -al menos hasta 2013- a los agricultores que tuvieron la dicha o la habilidad de elegir al olivar como compañero de fatigas durante las últimas décadas. Pero a partir de ahora, ya no habrá que estudiarse el boletín con las subvenciones que concede la Unión Europea para decidir cual será nuestra opción de cultivo. El mercado con sus precios será el que incline hacia una u otra especie la balanza.



RETO DE LAS COOPERATIVAS CEREALISTAS

En este nuevo contexto, las cooperativas cerealistas andaluzas deben planificar sus producciones para orientarlas a las demandas del mercado. El exceso de oferta de un determinado tipo de trigo -duro, blando de fuerza, de media fuerza, panificable o forrajero- supondrá una bajada en sus cotizaciones, arrastrando en su caída a los precios de todos los montones sin calidad homogénea. En función del consumo de cada tipo de cereal en Andalucía por parte de la industria semolera -trigo duro-, harinera -trigos blandos de fuerza y panificables- cervercera (cebadas malteras)- y de piensos -trigos de mala calidad, triticales, cebadas y avenas-, las cooperativas

deben calcular las superficies necesarias para cada especie y variedad, especializándose en la producción de un determinado cereal con calidades homogéneas y tratando de llegar a acuerdos de suministro estable con la industria transformadora a lo largo del año.

Si la industria local no satisface con sus precios las expectativas de las cooperativas con producciones homogéneas de calidad, siempre quedaría el recurso de la exportación o la integración para la comercialización de harinas y sémolas de alta gama al estilo de nuestros vecinos franceses de Limagrain Ingredients.

Elegir y sembrar las variedades idóneas para cada destino industrial y almacenarlas por separado continúa siendo la asignatura pendiente en la mayor parte de los casos. Algunas cooperativas cerealistas andaluzas de la mano de Cereales Sevilla y Agrovegetal ya están empezando a trabajar para superar el reto. ¿Alguien más quiere unirse al desafío?